

**LIBRO: VOCES DIFERENTES. MUJERES CIENTÍFICAS EN MÉXICO
(I)**

COORDINA: ROSA MARÍA VALLES RUIZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

2012

ISBN: 978-607-482-140-6

**CAPÍTULO 4.- TRES VOCES DIFERENTES: GRACIELA CALDERÓN,
HERMINIA PASANTES, JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ**

Entre especies, flores y botánica; extraordinaria, inconfundible, esencial:

Graciela Calderón Díaz Barriga

Sandra FLORES GUEVARA

“Todo es gracias a él, [Rzedowski] él es quien inventa...”

Más que flores y botánica; más que extraordinaria e inconfundible, esencial es la doctora Calderón y su inigualable trabajo científico como investigadora Titular emérita del Sistema Nacional de Investigadores en nuestro país, más allá de los cientos de publicaciones, cursos impartidos, tesis dirigidas, publicaciones selectas y distinciones recibidas, podemos hoy conocer a una mujer inigualable, dedicada, quién nos ha permitido conocer sus deleites y apegos, su vida...

Complacida escuchando a Plácido Domingo o a Pedro Infante, siempre confiando sus pensamientos al doctor Rzedowski, su esposo; enamorada de su natal Salvatierra, encantada por el clima y por lo hermoso que es Pátzcuaro Michoacán, así como, las raíces que la unen al lugar y los recuerdos de San Luís Potosí en los inicios de su matrimonio, la doctora Calderón nos muestra una gran sencillez y temperamento.

“Le digo que ya no me acuerdo de nada...”

Contantemente decía la doctora Calderón, ya se acordaba de nada, recientemente padeció una enfermedad en los ojos y superó una intervención quirúrgica.

Si el recuerdo hubiera permanecido, aún estaríamos ahí, sentadas en esa oficina del Instituto de Ecología en Pátzcuaro Michoacán, una oficina pequeña con grandes estantes en color gris repletos de libros, en los escritorios había cúmulos de documentos aún por trabajar, y en las paredes, se tendían grandes carteles con fastuosas fotografías retratando la misteriosa y a la vez deslumbrante botánica mexicana. Ahí también, estaban los múltiples reconocimientos y galardones que la doctora ha recibido.

Aún así, cuando la doctora Calderón decía “pero qué mala memoria tengo”, miraba sutilmente al doctor Jerzy Rzedowsky, -su esposo, un condecorado científico de origen polaco, considerado una autoridad en la descripción y [clasificación científica](#) de la botánica en nuestro país-, aún así, fueron más de dos horas; a pesar de la charla tan placentera, no pretendía terquedad después de la jornada de trabajo de la doctora, era una tarde húmeda, nos enmarcaba el pintoresco Pátzcuaro, fue un largo viaje para encontrar a la doctora Calderón.

Al entrar en la oficina de Graciela Calderón pude respirar esa empeñosa pasión que ha procurado a lo largo de su vida, entregada no sólo a su meticuloso trabajo, sino también a sus hijas, especialmente a la menor de las tres, Ana, una mujer con una memoria precisa y excepcional, con una historia de vida particular, especial, desde hace cuarenta y siete años, desde el día en que nació¹.

Así encontré a Graciela Calderón, entre sus grandes pasiones, ella dice “Son mi pivote, mi esposo Jerzy Rzedowsky y mi hija Ana”.

Ineludibles recuerdos

Mientras responde con voz tranquila y suave a las preguntas, la doctora Calderón parece transportarse a su querida Salvatierra, parece recordar el sabor del guayabate, parece

¹ Qué contrariedad, el mundo nombra con gran ignorancia inhabilidad, mientras que existe gran perspicacia
...

que por un momento el recuerdo le disipa los años, ella habla con pasión sobre algunas vivencias.

Y cómo no hablar de pasiones a sus setenta y ocho años, si ella misma refiere que en su natal Salvatierra Guanajuato, en su infancia recuerda muy bien ese capítulo, su primer día de escuela y dice orgullosa “el empeño constante de mi madre que debía inscribirme por primera vez en la escuela para festejar así, el día en que cumpliera los 5 años”.

Una niña no podía entender si era una fecha adecuada o no para ingresar a la escuela, sin embargo, ante tal insistencia de su madre -quien logró que la aceptaran a mediados del año escolar de aquella época- y sin saberlo, se estaba germinando un inagotable y valioso sendero lleno de múltiples aportaciones a la ciencia mexicana.

La niña Graciela

Recuerdos inolvidables los de su infancia, “Salvatierra era un lugar pequeño, apenas existían las escuelas, terminé el tercer año de primaria, tendría quizá diez o nueve años de edad”. Para el año de 1940, los padres de la doctora Calderón, Carmen Díaz y Rafael Calderón decidieron trasladar a la familia a la ciudad de México, con el objeto de darles mejor educación a sus hijos.

Por cierto, la doctora Calderón recuerda muy bien a su maestra de sexto año de primaria, –pensativa y con su mano izquierda sobre su rostro– Graciela detalló, “era muy buena persona y muy buena maestra, mis materias favoritas fueron la geografía y la historia”.

“Viví en un ambiente familiar”, explicó la doctora Calderón; “Era de naturaleza tranquila, sin problemas mayores ni angustias. Y finalmente bastante feliz”. Fueron pocos los amigos de Graciela, “más bien eran compañeros y compañeras de la escuela –refirió– jugué y conviví de manera sencilla”.

El no tener tantos amigos no le importunó para dejar de hacer alguna travesura; recuerda la doctora: “Vivíamos en Salvatierra, existía un tranvía tirado por mulas, que por una calle importante recorría el pueblo casi de extremo a extremo. Especialmente llevaba y

traía pasaje de la estación del ferrocarril. Yo notaba que algunos compañeros al salir de la clase se subían a escondidas al exterior del tranvía en movimiento. Sin pensarlo mucho me pareció muy práctico aquello para llegar más rápido y fácil a la casa. Pero apenas trepé al vehículo, vi al hombre con el látigo que azotaba a las mulas para que caminaran, que se acercaba a mí, el hombre se veía amenazante y con látigo en mano. No supe ni como, pero bajé del tranvía rápidamente y corrí para mi casa. No he vuelto a hacer nada parecido, como se comprenderá, pero eso sí, esa vez llegué más pronto a casa”.

Pero cómo no iba a procurar llegar pronto a casa la niña Graciela, si ya estaba esperando en la mesa de la cocina su dulce preferido, sí, dice la doctora, “mi dulce preferido, el guayabate, elaborado personalmente por mi madre”.

En un santiamén, los recuerdos se intensifican, la doctora Calderón mira hacia un punto perdido en la oficina y dice encomendando a la memoria vivencias con la familia, “Solo conocí de muy pequeña a mi abuela paterna y siempre la vi como una persona muy linda y querida, me acuerdo que, estaba muy chica –era una niña– y luego, mi abuela me tomaba en las rodillas” la doctora con aire divertido por lo que estaba a punto de decir, levanto su brazo derecho y detalló “me acuerdo que, ahora yo tengo los brazos como ella, – tocó su brazo – ella tenía así, ¿cómo le puedo decir? ella tenía “carnita” y me gustaba mucho estar acariciando los brazos”.

Una nueva vida, la gran ciudad

Rememoraciones y reconstrucciones sobre su vida, hace la doctora Graciela, y relata que una vez ya avecindada en la naciente urbe de la ciudad de México, su afición a la naturaleza se manifestó y desde entonces sonriente Graciela Calderón dice: “Siendo un poco mayorcita, mi preferencia eran los patines y la bicicleta, especialmente esta última, y salía a lugares cercanos”.

Entonces, los recuerdos, continúan avivándose, las calles de la colonia Santa María la Ribera cruzaron la mente de quienes estábamos en la oficina de Calderón, por unos segundos vimos la calle de Cedro, allá donde vivió su infancia, antes vivir en otra zona de

la ciudad, y que justamente Graciela recuerda que junto a su nueva casa “pasaba por ahí un río, era un río, ahora es una avenida, es parte del circuito², y entonces era un río, pero un río horroroso porque más bien era como basurero; por lo general había poco agua pero si mucha, mucha basura y mucho desorden, –ríe efusiva– pero bueno, fue ahí donde mis papás pudieron estar” aquel fue el lugar que vio a Chela Calderón culminar sus estudios profesionales, ahí vivió bastantes años.

Algunos amigos, sus padres

Ahí fue donde se hizo de algunos amigos, que más bien eran personas que vivían cerca de su casa, y que sólo eran vecinos o compañeros de escuela, con los que se hacía compañía, con los que caminaba de la casa a la escuela secundaria y con quienes jugueteaba o bromeaba en el trayecto y desde luego, –como ella misma refiere– siempre con la compañía de su hermana quien le lleva cuatro años de edad –enfatisa nuevamente– “no éramos muy amigueros, no sé, yo creo desde mis papas”. La forma en la que refiere la doctora Calderón este pasaje de su historia fue con un acento de melancolía, quizá por el trato que recibió de sus padres, quizá por venir de la provincia a la gran ciudad, quizá por su condición de ser mujer, quizá por su juventud. Los padres de Graciela preferían que los hijos estuvieran en casa y que ahí mismo se destinaran espacios para el estudio, incluso para que otros compañeritos o amiguitos de la escuela hicieran la tarea juntos.

Sin embargo, tiene muy presente la amistad con la familia Castrejón, “éramos vecinos”, refiere la doctora “ellos habían venido de Guerrero y ya tenían muchos años viviendo en la ciudad”.

La época de juventud de la doctora Calderón se vio franqueada por formas de pensamiento muy particulares que se imponían de los padres hacia los hijos, especialmente para la conducta que debían guardar las mujeres, esa formación que se obligaba adquirir con visos al matrimonio y ese pensamiento dominante e impositivo, eternizado a través de los años y por generaciones, conducente a crear una clásica familia.

Propiamente la doctora Calderón señala que la experiencia junto a sus padres en relación a esa época y forma de vida fue muy singular pues a pesar de que como ella dice “a lo mejor todavía había algo de eso, pero no se compara con lo que vivieron mis papás,

² Circuito Interior (N. del R.)

porque allí sí, mi mamá pues casi no fue a la escuela, y lo que resultaba era que era la única mujer de cuatro hermanos varones y a ella le tocaba pues el quehacer de la casa y atender a los hermanos o a la mamá si estaba enferma”. Los hermanos de su madre estudiaron en Morelia, dos de ellos hicieron carrera dentro del campo de la medicina y el otro fue farmacéutico, reconocidos los tres dentro de sus ámbitos profesionales. Para fortuna de la madre de la doctora Calderón, los hermanos platicaban mucho con ella, de lo que vivían y aprendían en sus clases, de sus cosas, de sus experiencias, y fue así como entonces explica Graciela “mi mamá allí aprendió, aprendió muchas cosas, no tantas quizá como ella hubiera querido, sin embargo, de lo que sí tuvo oportunidad, fue de aprender algo de pintura, en algún momento pudo tener un poco de tiempo y estudio pintura, yo creo que fue pues bastante y en Morelia nos dejó unos cuadros, le debe de haber gustado mucho lo que hizo”.

Respecto a su padre, la doctora relata que él vivió su infancia en Salvatierra y casi no tuvo oportunidad de ir a la escuela, entonces dice Graciela “esa era una inquietud que tenía él para sus hijos”. El padre de la doctora Calderón se casó dos veces y en su primer matrimonio tuvo dos hijos una mujer y un hombre, cuando éste último nació, murió la esposa, inmediatamente –cuenta la doctora– “la primera esposa de mi padre tuvo un problema de salud y murió, imagínese que épocas –exalta la doctora–, eran las épocas de la influenza española”, cruda coincidencia señalamos y reímos sarcásticamente en la oficina de la doctora Calderón, sí claro, con todo esto que se está viviendo en nuestro país.

Entonces, –retoma Graciela un poco contrariada y risueña– “sí, del siglo pasado”, el padre de la doctora Calderón vivió en la ciudad de México con su familia, pues se vivía la época de la revolución, a la muerte de su esposa regresó a Salvatierra con familia, a vivir con la abuela y tías de la doctora Calderón, ella relata que su padre siempre tuvo interés por que sus hijos llevaran una buena educación y como prácticamente no había escuelas, y las pocas que se encontraban, eran con influencia estrictamente católica y con costes elevados, a lo que el padre de la doctora decía “mis hijos necesitan otra cosa, necesitan más” por lo que decidió colocar a sus hijos en la ciudad de México, con los hermanos de la esposa, – que por cierto apunta la doctora, eran muchos– quienes se ofrecieron para el cuidado de los hijos y quienes lo apoyaron muchísimo, tanto que allí terminaron sus carreras medicina y química”.

“Ya metí la pata...”

Dirigiendo los recuerdos y narrativas sobre su vida, trajimos a cuento intervalos de la adolescencia y a pesar de que ahí estaba junto a nosotras el doctor Rzedowski, –su esposo– y con un “ya metí la pata...” –entre risas– la doctora Calderón cuenta de su época de escuela secundaria y entre que confesaba que “realmente no era mucho” refiriéndose a si era noviera, detalló las peculiares tácticas de los muchachos de la Secundaria 4 –exclusiva de varones– “los chicos siempre estaban listos en una esquina para estar echando flores y estar vacilando, y pues cuando nosotras pasábamos, con mi hermana también, pues íbamos muy serias, muy formales, íbamos casi siempre con Tere Castrejón mi amiga y aquellos disfrutando ¿Verdad? atacados de la risa, nomás bromeando, también estaban muy chicos pero pues... nos gustaba, nos gustaba... –ríe vivaz– ellos, ya sabían a qué horas pasábamos por allí, ¿Qué nos decían? creo que nos habían puesto algún apodo...ya no me acuerdo de alguna cosa porque casi siempre salíamos muy puntuales, eso también –dice muy seria– era cosa de mis papás.

Los padres de la doctora Calderón siempre fueron muy estrictos, y eso, seguramente oriento su vida hoy reflejada académicamente, ella dice, “había que ser puntuales siempre, entonces salíamos puntuales” no obstante, antes de la llegada a casa a Graciela ya la estaban esperando “otros” también disciplinados avizores “ya para esas horas, ya estaban allí tres o cuatro muchachos dando la lata”

Y seguían alcanzándonos los recuerdos, surgieron en ese instante evocaciones muy precisas, la doctora Calderón habló de uno de sus maestros, muy divertida se refirió a él, “teníamos un maestro químico que era una calamidad, él ya era un poco grande, creo que había sido compañero de una de mis hermanas, era químico y era muy vacilador y yo creo más se le iba en estar haciendo bromas y nosotros también y es uno de los que recuerdo, había otro que era español y nos daba clase de español, él era más joven y más tímido y dábamos mucha lata en esa clase, ¡era la secundaria de mujeres!”.

Añora Calderón su paso por la escuela Preparatoria “estuvimos en el Politécnico en la Vocacional, –pide simpáticamente ayuda al doctor Rzedowski para recordar– y nos quedaba como a dos cuadras de la casa, estaba riquísimo el ir y venir, sin complicaciones, riquísimo por un lado ¿verdad? Pero por otro pues –ríe efusiva– ir y venir dos años de la vocacional”.

¡Qué tiempos aquellos!

En ese ir y venir a la vocacional, la doctora Calderón también cuenta de otros momentos vividos, –recordó con precisión y con el apoyo de su esposo, el doctor Rzedowski– aquella vez que su padre se mostró mucho más enérgico en relación a que permitiera a la doctora y a su hermana, con quien compartió muchas experiencias, salidas a algunas reuniones o fiestas de la vocacional, a pesar de que Graciela Calderón señala que no eran muy frecuentes esas salidas, además, bien es sabido que esos tiempos se distinguen y saltan a la vista, ya que la mujeres vivían modelos de conducta desatinada y exageradamente estrictos, ella cuenta, “cuando éramos adolescentes andábamos un poco a las escondidillas, con muchos trabajos para ir a alguna que otra fiesta de vez en cuando”.

La nostalgia también se hacía presente, y cada vez que Graciela Calderón evocaba recuerdos, su rostro se iluminaba de gozo, así lo vi cuando la doctora hablo de “sí, una vez hubo un baile en el mismo Politécnico, fue allí en.. ¿Cómo se llamaba este salón? –su esposo refiere el nombre “Cuadrilátero”– sí, en el cuadrilátero que le llamaban, era una especie de...era un espacio muy grande, y todo alrededor había oficinas, entonces, y organizaron un baile, yo creo que ya hasta estábamos bastante grandes, cerca de salir de la escuela y estuvimos con la incertidumbre de si nos dejan ir al baile o si no, justo esa vez, no sé porqué mi papá estaba así, que no van y que no van, yo no recuerdo que cosa tan rara, tengo idea de que yo me disguste mucho porque no nos dejaban ir, ¿Cómo no nos dejaban ir al baile? Pero yo no me acuerdo ahí que inconveniente especial había, a lo mejor no conocían a ninguna de las personas que ahí estarían, no había nadie de la familia, creo aquella vez le dije muy enojada a mi padre ¿Ah, no vamos? Y mi papá se mostró muy molesto, supongo que de ahí también heredé mi mal genio –ríe efusiva– y algo pasó pues mi papá dijo “Bueno, pues las vamos a dejar” entonces el arreglo fue que sí íbamos al baile, pero que mi mamá nos acompañaría, y eso que ya estábamos grandecitas, no sé 17, 18 años”.

Pero cuanto regodeo mostraba la doctora al narrar ésas y otras historias también de esa época y Graciela dijo “mis papás ahí sí eran un poquito más serios. Sobre todo mi papá era así, enérgico, algo exigente, ya después se nos volvió muy facilito –ríe complacida– fue muy lindo mi padre”

Con el paso de los años persistió la amistad con Tere Castrejón, hoy, ella vive sola, son poco frecuentes los encuentros, ella ha perdido por completo la memoria y desconoce a quienes la visitan, “nos da tristeza” –dice contrariada la doctora Calderón–, “sin embargo un hermano de Tere es nuestro médico de cabecera”.

Por un momento, cuando la doctora y su esposo intercambiaban miradas, caigo en la cuenta de que los dos son igual de reconocidos en su ámbito profesional. De los reconocimientos que cuelgan en la pared, la mitad son de uno, la mitad de otro, y hasta hay algunos en conjunto. No desmerecen en absoluto uno del otro, y no puedo menos que asombrarme de ver cómo Graciela Calderón se ha mantenido a la par de su esposo –el botánico del siglo en México-, el eminente doctor Rzedowski.

Ésta es una relación legítima, ecuánime, sincera, duradera; parece que a la doctora Calderón no le ha pesado ser la esposa de Jerzy Rzedowski... más bien al contrario, él es su estímulo y “su pivote”. Incluso cuando recuerda “los años difíciles” cuando las mujeres no eran tomadas en cuenta, cuando no había espacios, ni tiempos, para que las mujeres alzaran la voz, para ser escuchadas, al menos, para mirarlas –lo hace con una sonrisa–. No dice si ha tenido dificultades, o si ha pasado por momentos difíciles en su vida, no pasan por su mente momentos en los que la doctora Calderón se haya enfrentado a limitantes, dice la doctora, no he caben en mis memorias, ni en mi pensamientos, ni mucho menos en mi vida instantes difíciles ni académica, ni laboralmente, Graciela Calderón sólo atesora lo vivido, incesante, siempre junto a su esposo, junto a su hija, junto a su botánica, siempre juntos, haciendo, proponiendo, buscando, siempre apasionada.

¿Bióloga yo...?

Fue en el Instituto Politécnico en donde conoció a quien es fuente de inspiración desde hace más de 50 años, su compañero de toda la vida y colaborador estrecho en su campo académico, el doctor Jerzy Rzedowski. “Fuimos compañeros y siempre ha sido el mero mero” dice Graciela Calderón –con una sonrisa de amor dirigida a su esposo– ambos han publicado más de una docena de libros, siguen publicando artículos y editoriales, y son reconocidos como autoridades dentro del campo de la botánica en México.

Y así, la doctora Calderón recuerda cómo decidió el rumbo de formación profesional y donde conoció a Rzedowski –con singular simpatía coloca la mano izquierda

sobre su rostro y mira a su esposo— “¿Cómo estuvo? ya éramos compañeros con mi hermana, yo creo que sí, teníamos los dos cierta tendencia por la carrera, además, no había muchas carreras, ¿verdad? —Rzedowski interviene— inicialmente la Escuela de Ciencias Biológicas... —y la doctora continúa—y química, yo creo que fue la primera carrera que se formó, era muy popular y había muchos maestros, en fin, estaba bien la carrera, no me acuerdo que circunstancia en especial hizo la decisión, en algún momento dijimos mi hermana y yo: “Oye, ¿y qué tal si nos vamos para biólogo?” “Pues sí ¿verdad?” Y ahí vamos para biólogo, y pues la verdad es que es una carrera muy linda”

A lo largo de los años Graciela Calderón ha aprendido a valorar un sinnúmero de aspectos que han hecho eco en su vida profesional y científica, y fue como hablamos de quienes influyeron en su formación académica —mira orgullosa al doctor Rzedowski— “Pues yo creo que ese señor” — el doctor Rzedowski dice: “No, fui tu profesor...” —, no importando nada, la doctora Calderón dice “Pues casi, como quien dice”.

Graciela Calderón relata “Nos conocimos en el segundo año de la carrera ¿verdad? En el primer año yo estaba en un grupo en la mañana, y mi hermana y él estaban en la tarde”, fue en el segundo año de la carrera que se encontraron en el mismo turno, estudiaban juntos zoología, una de las materias que resultó atractiva para la doctora, siempre cumplida con sus deberes, —confiesa— “¿alumna destacada? así como destacada... yo no” —Calderón señala con la mirada a su esposo— y dice “Acá mis ojos, sí, por eso lo seguí”

—Rzedowski: No, yo creo que los últimos años tú cambiabas.

—Calderón: ¿Me portaba mejor?

—Rzedowski: Sí, agarraste mucho el gusto y tuvimos mejores maestros y yo creo que te desempeñaste muy bien.

La convivencia, el trabajo en equipo, la amistad por años, fue el inicio para que se originara una relación inconmensurable, la admiración que expresa la doctora Calderón por el doctor Rzedowski muestra una gran sensibilidad y madurez respecto a su vida equitativa en matrimonio, ella cuenta también que cuando estudiaron juntos “el doctor Rzedowski estudiaba allí, él no era noviero, era estudioso y trabajador, ahí hacía sus cosas, él iba siempre adelante y estaba ahí haciendo la tesis, nos reuníamos varios, unas cuantas mujeres y unos cuantos hombres y estudiábamos en conjunto y pues la pasábamos muy bien, claro que sí jugábamos de vez en cuando pero en general era bastante serio el ponernos a

estudiar, así que estuvo bien esa parte, para todos”, y simplemente la doctora dice, así que “nos pusimos de acuerdo en que nos íbamos a casar...”

Ese acuerdo, por referirlo, como lo hace la doctora, ya tiene un recorrido de 55 años sólidos, y qué mejor fecha para recordarlo, el cumpleaños de la doctora Graciela.

Ambos están en el mismo nivel, ambos han compartido el reconocimiento. Es aquí cuando me pregunto: ¿Cómo ha hecho Graciela Calderón para estar a la par y no a la sombra de su marido? Simple: Ésta es una relación de auténtica equidad. El trabajo de Calderón se ha distinguido por tener siempre una mención para su esposo, lo mismo con el trabajo de él.

El amor y el respeto mutuo han hecho que ambos crezcan a la par, que ambos sean como uno sólo.

Al ver esa conexión entre los dos, tan auténtica, busqué que la doctora me hablara de su esposo, el doctor Rzedowski.

—Calderón: Ahh... quién es... es el Doctor, doctor... ¿qué? —dice orgullosa y a la vez consigue que el doctor la mire tiernamente y ría— Jerzy Rzedowski, el nació en Polonia y llegó aquí en los ¿cincuentas?

—Rzedowski: En el cuarenta y seis —precisa—

—Calderón: En cuarenta y seis, llegó a estudiar acá en México, siempre ha sido el... el mero mero —ambos ríen— de los estudios y de todo, el patrón por todos lados... Sí, es un apersona pues muy trabajadora, muy consciente, muy... ¿muy qué? —dirigiéndose al doctor Rzedowski— de buen carácter, en fin... no sé que más quiero... te toca —le dice a Rzedowski y ríen efusivamente—.

—Calderón: Ya lo creo... pues yo he estado a su lado, yo hago lo que puedo, pero...

—Rzedowski: Tú haces mucho más que eso.

Intervine, no pude contenerme más y quise expresarles lo que emergió en instantes, al verlos y seguir el intercambio de miradas, es una admiración infinita hacia los dos..

—Rzedowski: Es una mujer de excepcional calidad humana... “Chela” —expresa el doctor singularmente—, de esa forma la llaman cariñosamente

—Calderón: Chela... lo bueno que ya no le dicen así a las cervezas, porque sí me caía un poco mal —ríe— Por eso nos aguantamos —señala traviesa—.

Las pasiones

Y seguimos hablando de los momentos especiales y los encuentros, Graciela Calderón nos relata lo importante que ha sido para ella ejercer un papel como madre y esposa responsable, estar al lado de un gran hombre como el doctor Rzedowski, y paralelamente estar dedicada a su carrera científica ha propiciado que a la par dedique armónicamente tiempos y espacios sin descuidar ninguno de los dos aspectos esenciales de su vida. Ella cuenta que frecuentemente se les facilita viajar a la ciudad de México, así aprovecha para visitar a sus hijas, –con orgullo refiere– en el ámbito profesional se han desarrollado en el campo de las matemáticas, donde por cierto la doctora recuerda pícaramente que era “un poco flojita” y así aprovechan el viaje para también hacer cosas del trabajo, “así que vamos a la Universidad, al Politécnico, continuamente tenemos que estar viendo cosas y una parte del tiempo pues son mis hijas y otra parte pues es el trabajo, y luego andamos con muchas carreras, más que la Universidad está muy cerca de donde nosotros vivíamos antes”.

Y ya que mencionamos a las hijas de la doctora Calderón, Martha y Ernestina, cada una de ellas con una hija, hoy viven en la ciudad de México y se desarrollan en campos profesionales científico-matemáticos; la doctora disfruta mucho de los encuentros con las nietas.

Hablando del ámbito en el que las hijas de Graciela Calderón se desempeñan, el matemático, pregunte a la doctora qué tan buena había sido para el estudio de las temidas matemáticas y muy simpáticamente contesto “Ay, eso sí no, todavía no... no, no”.

Ani, la menor, toca el piano, “lo haces muy aprisa ¿verdad?” –pregunta la doctora a Ani– pero lo hace muy bien, tiene una memoria perfecta, recuerda detalles precisos, es muy inteligente y tiene una maestra de piano desde hace muchos años, es muy buena y le ha enseñado a escuchar a grandes músicos.

Ani, sentada frente a uno de los escritorios de la oficina de la doctora Calderón y junto a un pequeño aparato de sonido donde descansaba sus brazos, parecía no estar, sin embargo, siempre se mantuvo atenta, pendiente, rigurosa de los datos, los momentos, las fechas, los horarios; Ani dijo que gustaba de la música clásica y....

“Mis nenas son muy buenas y ése es un motivo más para estar contenta con lo que hago”, enfatiza la doctora Graciela.

Entre temores y vivencias

¿Y el mar? Le pregunté a la doctora, “un poco de susto” –dijo– sin embargo, lo disfruta, le gusta verlo, oírlo; lo mismo que el estar en zonas arqueológicas, y así recuerda cuando sus hijas le dieron como regalo de aniversario de bodas, un viaje en tren por el sureste mexicano, comenzando por Palenque, Campeche y Yucatán.

Graciela Calderón disfruta mucho de querido México, ha visitado Sudamérica, Europa, pero como dice el doctor Rzedowski, “como México no hay dos”.

La doctora vivió en Francia por un año, ella relata, “él fue a estudiar”, –refiriéndose a Rzedowski– pero íbamos con una niña pequeña, entonces aquello era algo horrible –ríe optimista– íbamos a lo pobre, el doctor tenía una beca y donde nos tocó vivir toda la casa era un cuarto largo; usted ha oído de los franceses, sobre todo aquellos años, ¿Qué fue? Mil Novecientos –Rzedowski precisa– cincuenta y siete y con la niña chiquita y no había baño, había para dos departamentos y ya, sólo teníamos un lavabo para manos, y ya. Entonces todo lo demás no cuenta –ríe efusiva–. Y luego pues también la comida... ¡Y el idioma! Pues él doctor sí sabe hablar varios idiomas, pero yo no bien... no, no, no... así que entre el idioma y todas estas cosas, sí...”.

Vivieron en Montpellier, en el sur de Francia, y por lo que ella cuenta, no la pasó muy bien, ya en otros momentos visitó París en otras ocasiones y en otro plan distinto y Graciela dice “Así, sí me gustó” también visitamos –su hija Ani refiere– “de Madrid a París, y de París a Inglaterra”.

El trabajo científico que han desempeñado la doctora Calderón y su esposo, el doctor Rzedowski ha sido en distintos ámbitos, tanto como investigadores, como con el gran trabajo editorial que han creado; publican una revista “Acta Botánica Mexicana” que junto con el Instituto de Ecología presentan resultados del trabajo que los ha involucrado de manera particular.

Tristezas y deleites

A pesar de que Graciela Calderón dice “hasta eso... me la he pasado muy bien yo creo, dentro de lo que cabe...” quizá la muerte de los más cercanos, de aquellos que forman también su vida, la muerte de sus padres y de su hermano Pancho.

Así define la doctora a la muerte “no tiene remedio, es algo irremediable, bueno, a lo mejor no siempre es tan desagradable –ríe efusiva– según se trate de quién...”

¿Halagos?, sí, le pregunté a la doctora, pues habíamos establecido una conversación muy amena, verla hablar con tanta soltura, reír a cada momento y con cada recuerdo, hicieron que su imagen reservada, se allanara, un ambiente de confianza se ostentó.

La doctora Calderón miró al doctor Rzedowski y efusiva sonrió, “ Ayyyy, ¿Qué será, que me ha dado mucho gusto? ¿Cuándo regresaste de Francia, que ya había nacido nuestra hija?, -contemplando al doctor Rzedowski- “Yo me regresé de Francia y precisamente fue porque me embaracé y dije, no, yo ya me voy para mi tierra...yo aquí... yo no...” con mucha alegría Graciela recordaba esos momentos y parecía que se trasladaba a la casa de sus padres, parecía que en ese momento miraba a su hija recién nacida, “ella nació muy bien, muy gordita y bueno, un encanto, muy rubia, tan rubia que los pocos pelos que tenía se transparentaban y él –señalando al doctor- tardó poco en llegar o sea que nació primero la niña” la doctora Calderón recordó que su esposo aún tenía compromisos que cumplir en Francia, “él estaba estudiando” detalla la doctora, “unas semanas después llegó él”, en ese momento parecía que de nuevo vivía la misma emoción, Graciela revela que ese momento ha sido uno de los más emocionantes en su vida.

No hay necesidad...

No hay necesidad de distractores ajenos a lo que ella considera preciso, su trabajo, su esposo, sus hijas; no necesita ir al cine, sentarse a jugar un juego de mesa o leer una novela de Isabel Allende, –por cierto–con la urgente y precisa ayuda de su hija Ana, recordaron las dos últimas ocasiones en que fueron al cine.

—Ana: El viernes... 20 de marzo de 2009... y el lunes 17 de abril de 2009.

—Calderón: ¿Sí? ¿Dos veces fuimos? ¿Este año? –ríe con asombro–

No, reitero, no hay necesidad de una lectura “cursi” –como ella considera– de poesía, o de tener en mente algún platillo favorito o la incertidumbre de lo que habría que cocinar para el día, no hay necesidad cuando se vive una vida llena de grandes pasiones reflejadas en la biodiversidad mexicana y en la flora del bajío, en sus hijas, en el doctor Rzedowski.

Política...

Dice la doctora Graciela “Huy, ahí si estoy peor”, con apego y pensamientos homogéneos, Rzedowski y Calderón prefieren en general mantenerse al margen de cuestiones en temas de política.

Reitera la doctora Calderón, nos fuimos alejando y a la vez decepcionando, y señala “Pues la verdad es que estoy muy poco enterada de estas cosas”, sin embargo, en relación a la postura que ella puede mantener respecto a la participación de la mujer en el ámbito político, –refiere– “de lo poquísimo que veo, que leo, que oigo, y de que antes ni siquiera votaban las mujeres, por lo menos ahora, aquí en Pátzcuaro, hay un par de mujeres que ahí andan participando”.

Polos opuestos: soy mamá, soy científica

La doctora Calderón detalla que fue un poco difícil la combinación, pues había que atender a las hijas y por supuesto que fueron escenarios prioritarios para dedicar al cien por ciento su tiempo, “tuve temporadas en las que no trabaje”, dice la doctora, al mismo tiempo recuerda que a la primera de sus hijas le dedicó más tiempo, no obstante, también recuerda que estuvo trabajando y no dejo de pensar en sus investigaciones, “sí trabaje un poco en el herbario y después un poquito de clases, lo importante era atenderlas a ellas y también a mis papás, porque los últimos años que vivieron mis papas, estuvieron con nosotros y pues había que atenderlos”, después de un tiempo de no dedicar todos espacios a la investigación, recuerda también que su hija menor, Ana, le impidió trabajar unos años, ella relata que después murieron sus padres, ella ya trabajaba en el Instituto de Ciencias Biológicas, al menos, rememora Graciela que “por lo menos, hubo un par de lapsos que no trabajé en estas cosas”.

Después de conocer a la Científica, a la Madre, a la mujer, la hija, la mujer eminente, apasionada, de sólido temple, inseparable, fusionada a sus grandes pasiones, explica con gran entusiasmo que aún pretende experimentar muchas cosas más, quiere seguir trabajando, quiere seguir descubriendo, quiere seguir enamorada de sus grandes pasiones, quiere, como dice ella “hacer lo que más se pueda”.

Ella finaliza, contemplando con singular talante a su esposo, el doctor Rzedowski – la mirada de la doctora Calderón, simplemente, emocionada- “Tú fuiste... pivote de muchas cosas importantes, como el pivote principal”.

No queda más que mirar esa intransferible y mutua conexión, no hay palabras para describir, la doctora dirige su mirada hacia mí y dice “Él me anima”, al borde de más emociones encontradas, gesticula entusiasmada y mira al doctor Rzedowski “Me animas, con genio y latosa”, al terminar de escribir, parecía que aún estaba ahí, recordé sus miradas, su alegría, su pasión.

Entre especies, flores y botánica; extraordinaria, inconfundible, esencial; así es la doctora Graciela Calderón Díaz Barriga, reconocida científica emérita. Un orgullo más de nuestras flores mexicanas.

Resumen curricular Graciela Calderón DÍAZ BARRIGA

Nace en Salvatierra, Guanajuato el 14 de julio de 1931; en 1957 concluye sus estudios profesionales en Botánica en el Instituto Politécnico Nacional, institución donde posteriormente obtiene Maestría y Doctorado en la misma área.

La doctora Calderón ha sido reconocida por el Sistema Nacional de Investigadores SIN, quien le otorgo la Categoría de Investigadora titular C (emérita).

Se ha desempeñado laboralmente en distintas Instituciones aportando grandes trabajos en su campo de investigación:

- Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, A. C. 1953-1954
- Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Instituto Politécnico Nacional, 1964-1985

Ingresa al Instituto de Ecología, A. C. en el año de 1985. Actualmente trabaja para el Centro Regional del Bajío, del mismo Instituto, localizado en Pátzcuaro Michoacán.

Resumen de investigación

1. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. 2004. Las especies de (*Burseraceae*) en la cuenca superior del río Papaloapan (México). *Acta Botánica Mexicana*. 66: 23-151
2. Calderón Díaz Barriga, Graciela, Nelly Diego. (2004) Un Nuevo Género *Cruciferae* (*Brassicaceae*) del Estado de Guerrero, México. *Acta Botánica Mexicana*.
3. Calderón Díaz Barriga, Graciela; Rzedowski Rotter, Jerzy y Rosalinda Medina Lemos. (2005) Inventario del conocimiento taxonómico, así como de la diversidad y de endemismo regionales de las especies mexicanas de *Bursera* (*Burseraceae*). *Acta Botánica Mexicana*.
4. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. (2005) *Crepis Capillaris* Wallr. (*Compositae*; *Lactuceae*), una adición a la flora adventicia de México. *Acta Botánica Mexicana*.
5. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. (2005) Dos nuevas especies de *Potentilla* (*Rosaceae*) del centro de México. *Acta Botánica Mexicana*.
6. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. (2006) Dos especies nuevas de *Bursera* (*Burseraceae*) de México. *Acta Botánica Mexicana*.

7. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. (2006) El género *Houssayanthus* (Sapindaceae) en México. *Acta Botánica Mexicana*.
8. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy, Rosalinda Medina Lemos. (2007) Segunda restauración de *Bursera ovalifolia* y nombre nuevo para otro componente del complejo de *B. simaruba* (Burseraceae). *Acta Botánica Mexicana*.
9. Calderón Díaz Barriga, Graciela y Rzedowski Rotter, Jerzy. (2008) Dos especies nuevas de *Bursera* (Burseraceae) de los estados de Guerrero, Michoacán y Oaxaca (México). *Acta Botánica Mexicana*.
10. Calderón Díaz Barriga, Graciela; Rzedowski Rotter, Jerzy y Emmanuel Perez Calix. (2008) *Tetrachyron omissum* y *Trigonospermum alexandri*, dos especies nuevas de Compositae-Heliantheae del centro de México. *Acta Botánica Mexicana*.

Reconocimientos y distinciones

La doctora Calderón ha recibido más de 27 distinciones por su investigación y trabajo en contribución del desarrollo de líneas de investigación relacionadas con la sistemática de plantas vasculares y florística de México.

El más reciente, el 1 de octubre de este año, en el marco de la firma del Convenio de Colaboración Interinstitucional para la Estrategia Estatal en Materia de Biodiversidad la doctora Calderón recibió de manos del Gobernador del Estado de Guanajuato Juan Manuel Oliva; el reconocimiento por la valiosa contribución en el estudio de las especies de flora dentro del territorio guanajuatense.

